

Desmenuzando unos textos empapados de vida

La liturgia de este domingo, como primera lectura y en unidad temática con el pasaje evangélico, nos ofrece algunos versículos, apenas cinco, del llamado "*ciclo de Elías*" (cf. 1 Re 17,1-2 Re 2,18). Es la historia del gran profeta que vivió en el siglo IX a.C. C. en el tiempo del rey Acab y su esposa Jezabel que le persiguen a muerte por su fidelidad al Dios vivo. (cf. 1 Re 19,2). Esta situación le hace huir para poder salvarse. Cansado en su cuerpo, agotado de corazón, huye al desierto. ¿Qué mejor lugar para encontrar refrigerio y paz en Yahvé?

Solo se puede caminar si hay fuerza para "quedarse"

La historia de Elías es una de las más significativas y hermosas de las Escrituras. Bien merece la pena que nos paremos en ella y reflexionemos. Profeta de fuego, "*su palabra quemaba como antorcha*" —Eclesiástico 48,1—, es un hombre totalmente entregado al Todopoderoso. Es así como se presenta por medio de una fórmula solemne de juramento: "*Vive el Señor, Dios de Israel, ante quien sirvo...*" (1 Reyes 17:1). Incluso queda reflejado en su nombre puesto que significa "*Yahvé es mi Dios*" (יְהוָה אֱלֹהַי/Ēiyahū).

La Escritura lo presenta solo, sin familia y sin hogar, peregrino y mendigo, valiente ante los abusos de los poderosos de entonces, dispuesto a no doblegarse en la profesión de fe ante las exigencias de la reina Jezabel que está llevando al pueblo de Dios al abismo de la infidelidad y la idolatría.

Él no tiene mochila, pero nadie en Israel es tan rico como él puesto que posee lo único necesario: la Palabra de vida "*que sale de la boca de Dios*" (cf. Dt 8,3). No

busca el consenso, ni los aplausos de las multitudes y el estribillo que fluye de sus labios es: "*El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano*" (Sal 16/15,5).

Elías nos enseña que la vida espiritual, el camino de la fe, nace de la *statio*, de la capacidad de detenerse, como María de Betania, a los pies del Señor para escuchar su Palabra, viviendo de él y en él. De este modo descubrimos que el estar delante de Dios da fuerza para estar con el otro, que siempre es el prójimo, y junto con el otro nos comprendemos como el objeto del amor de Dios que llama a todos a la caridad perfecta en el camino de su Hijo Jesús.



Devorado por el miedo, huyendo para salvar su vida

No es fácil dar un salto de fe en algunas situaciones de nuestra vida, no es fácil, en ocasiones, creer que el Señor nos acompaña, ver su mano y percibir, en silencio, su voz ensordecadora. Así es la fe: consentir una presencia acogiendo su aparente ausencia. La Biblia subraya, en la lectura proclamada, que el drama que está viviendo el profeta, entre otras cosas, le incapacita para orar secándole su interior.

No es esto un elemento secundario porque, en la dificultad, lo primero que salta es la relación con Dios; el diálogo amoroso en la oración. El Señor ya no se siente como una necesidad fundamental, su amistad y su hablar con Él parecen superfluos.

Elías habita en cada uno de nosotros o, mejor dicho, cada uno de nosotros es, hasta, cierto punto Elías. Cuando las palabras pronunciadas, los compromisos asumidos son una carga insoportable, es precisamente entonces cuando estamos con Elías en el desierto en el camino de la huida.

Nos convertimos en personas que han perdido su identidad, capaces de ver egoístamente solo la propia salvación, perdiendo el horizonte de lo bueno y lo bello del *nosotros*, es decir: de la fraternidad.

En la angustia que vive Elías, en la noche que le envuelve, en el dolor que sufre, el Señor se le revela como una Presencia consoladora; así lo celebramos en Pentecostés al decir: "*brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los dueños*" (seq. de Pentecostés).



Dios se acerca al profeta y, como en el caso de los discípulos de Emaús, entra en el drama de su vocación, lo alcanza en su huida. Así se cumple la palabra del Salmo 91/90, 11: "*A sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos*". Un ángel se acerca a Elías y lo toca: ¡qué delicadeza, qué tierno gesto de Dios que sacude sin temblar y que entra sin violar! — y no da respuestas, las que el profeta esperaría, sino una palabra que sana y empuja hacia adelante: "*Levántate y come*".

Caminar con un objetivo fijo

"*Con el poder de ese alimento* [Elías] *camino durante cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, Horeb*" (1 Reyes 19, 8). El alimento que da fuerza y refresca el alma es la Eucaristía, Cristo, el Pan vivo bajado del cielo. Sin Él no podemos vivir, sin alimentarnos de su Cuerpo, en los humildes signos del Pan y del Vino, vagamos en vano. En la Eucaristía se nos dan los sentimientos de Cristo para vencer el miedo, la soledad y poder ser, de este modo, signo de un Dios que camina con su pueblo, llevándolo a los pastos del Reino de los cielos.



Un salmo para rumiar

Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9 (R/.: 9a)

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen y se alegren.
Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias.
Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor,
él lo escuchó y lo salvó de sus angustias.
El ángel del Señor acampa
en torno a quienes lo temen y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él.

La palabra proclamada pide ser profundizada, ha de echar raíces en el corazón, y este es el sentido del salmo responsorial.

El autor del salmo 33, correspondiente al domingo de hoy, es una invitación de Jesús a participar de su experiencia de salvación y amor. Hemos de saborearlo como una especie de evangelio que nos dirige como fruto de su historia filial y, en la segunda parte, nos ofrece su enseñanza para llevemos una vida de hijos guiada por el temor de Dios. En los versículos 2-3 donde el salmista ofrece a los pobres la participación en su



alabanza y bendición de Dios de una manera particular: *"que los pobres lo escuchen y se alegren"*; en el versículo 4, se hace una invitación explícita a unirse a su "Magnificat", porque él también es pobre y puede compartir su experiencia con todos los que lo son: *"Busqué al Señor y me respondió, me liberó de todas mis ansias"* (v. 5).

La imagen del ángel del Señor que acampa alrededor de los que le temen y los salva es hermosa: creo que cada uno de nosotros ha experimentado la protección de este ángel, y quizás de muchos ángeles, de muchas personas enviadas por Dios para protegernos como aconteció con el profeta Elías.

La invitación a probar lo bueno que es el Señor es igualmente hermosa. No son palabras que se dicen, ¡es una experiencia personal y profunda! Tiene como eco el "Magnificat" de la Virgen en el versículo 11; los leones del salmo se transforman en los poderosos del canto de María, que son reducidos al hambre y la miseria, en contraste con la salvación que reciben los pobres que en el Señor confían. En la segunda parte del Salmo, a partir del versículo 12, la enseñanza del salmista se dirige a sus hijos, es decir, a los que le rodean y le son confiados por la paternidad de Dios.

El camino que lleva a la buena vida se encuentra en *"guarda tu lengua del mal"* (vers.14), *"elige el bien"* y *"busca la paz y corre tras ella"* (vers.15). Un quehacer que no es obra nuestra, sino que viene de Dios y lo pone a disposición de aquellos que se refugian en Él (v. 23)

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XIX "PER ANNUM" "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

I de los Reyes 19, 4-8

En aquellos días, Elías anduvo por el desierto una jornada de camino, hasta que, sentándose bajo una retama, imploró la muerte diciendo: *«¡Ya es demasiado, Señor! ¡Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres!»*. Se recostó y quedó dormido bajo la retama, pero un ángel lo tocó y dijo: *«Levántate y come»*. Miró alrededor y a su cabecera había una torta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y volvió a recostarse.

El ángel del Señor volvió por segunda vez, lo tocó y de nuevo dijo: *«Levántate y come, pues el camino que te queda es muy largo»*. Elías se levantó, comió, bebió y, con la fuerza de aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios.

Juan 6, 41-51

En aquel tiempo Jesús les contestó: *«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás.*